

Un nuevo modelo de desarrollo

HORACIO FLORES DE LA PEÑA*

LA TEORIA

La teoría económica siempre ha tenido dos aspectos: el científico, cuyo objeto es explicar ciertas formas de las relaciones sociales, y el político, que se ocupa de atacarlas o defenderlas. En las teorías de los economistas neoclásicos domina el aspecto político sobre el científico, ya que todas ellas hacen una apología constante del sistema de *laissez faire*, que por lo demás ha existido sólo en los libros de texto de economía elemental.¹

El propósito de este trabajo es el de llamar la atención de los economistas sobre la incapacidad de la teoría neoclásica de entender y explicar los problemas de las economías capitalistas contemporáneas y de elaborar una política que asegure tanto el crecimiento del ingreso y el de la ocupación, como la estabilidad de los precios y la del tipo de cambio. Esta afirmación es válida tanto para los países ricos, cuanto para los que están en diversas etapas de desarrollo económico.

Es frecuente encontrar en la historia del pensamiento económico que, cuando la realidad rebasa el instrumental teórico existente, surgen teorías que se ocupan de problemas interesantes, pero que no sirven para explicar qué pasa y qué pasará con la economía; el análisis se desvía hacia campos secundarios que se tratan con un alto grado de abstracción y de complejidad. En ellos es difícil distinguir lo secundario de lo importante y lo científico de lo meramente fascinante e ingenioso. Quienes se ocupan de estos temas, especialmente de los monetarios, tratan de cultivar la creencia de que están en contacto con algo oculto que no está al alcance del ciudadano común. Esto los coloca en una situación profesional ventajosa y, a veces, bastante lucrativa, pero no deja de ser una forma elemental de simulación.²

* Conferencia dictada en sesión plenaria del Segundo Congreso Nacional de Economistas, México, 26 de abril de 1977. Versión revisada por el autor.

1. J. Noyola V., "La evolución del pensamiento económico en el último cuarto de siglo", en *El Trimestre Económico*, núm. 91, Fondo de Cultura Económica, México, julio-septiembre de 1956.

2. J. K. Galbraith, "Crisis, devaluaciones, flotaciones y otros fraudes", en *Vuelta*, vol. 1, núm. 5, México, abril de 1977.

Por fortuna, estas sutilezas, que trabajosamente se enseñan, se olvidan piadosamente una vez que pasa el período de desconcierto que produce el vacío teórico. Esto ocurrió con los estudiosos del equilibrio y con los de la competencia imperfecta, y ocurrirá en un futuro inmediato con los neoclásicos, ya que la realidad está demostrando con gran rapidez sus limitaciones. Pero, como dice Galbraith, lo malo de los monetaristas no es sólo que no saben qué ocurre, sino que frecuentemente no saben que no saben, porque si la moneda no es una causa, tampoco puede ser una solución.³

El período que siguió a la segunda guerra mundial se identificará en la historia económica como la edad del crecimiento, porque es incuestionable que el desenvolvimiento de los países desarrollados en estos 30 años difícilmente puede ser igualado por el de algún otro período. Además este crecimiento se logró sin que estuviera plagado de las crisis profundas que habían caracterizado el desarrollo económico de otros períodos. Algunos países pobres también lograron en estos años un crecimiento económico importante. Pero esta expansión fue perdiendo dinamismo, hasta entrar en una verdadera crisis a partir del presente decenio.

La euforia de los primeros años impidió advertir los vicios de origen del desarrollo que se estaba llevando a cabo. Pronto se hizo evidente que los resultados alcanzados son fácilmente reversibles, que el crecimiento es cada vez más caro y lento, que produce mayor desempleo y que ocurre en medio de grandes presiones inflacionarias y de balanza de pagos.⁴ Para algunos países el balance fue positivo: lograron incrementar los niveles de ingreso real, aumentar la ocupación remunerada y consolidar una estructura económica más moderna. Con todo, el desarrollo no representó un aumento

3. *Ibid.*

4. Cuando me refiero a equilibrios de la balanza de pagos, en realidad se trata de balanza de pagos en cuenta corriente, porque la primera siempre está equilibrada.

en los niveles de vida de toda la población, ni contribuyó a la formación de una sociedad más igualitaria.

Para los economistas keynesianos, el desarrollo era un problema de mercado interno, de sustitución de importaciones, de distribución de ingreso y de la constitución de un Estado que llenara el lugar de la clase empresarial, mientras que ésta no se desarrollara y pudiera hacerse cargo de las responsabilidades que, transitoriamente, asumía el sector público.

En la formulación de estas políticas de desarrollo, la falla no fue de la teoría, sino de quienes la usaron para resolver otros problemas a los que le habían dado origen. La teoría keynesiana es un análisis a corto plazo de la generación del empleo y del ingreso; la teoría del desarrollo tendría los mismos objetivos, pero a largo plazo. Sin embargo, al ampliar el período del análisis, los parámetros de la teoría cíclica se convierten en las principales variables de la del desarrollo; en este caso se encuentran el crecimiento de la población y de la fuerza de trabajo, el adelanto tecnológico, los cambios estructurales y de la distribución del ingreso, entre otros.

Otro error consistió en no distinguir entre el desempleo cíclico y el estructural. En efecto, el primero es un resultado de la incapacidad de la demanda efectiva. Surge porque hay una producción excedente y las deficiencias de la demanda hacen que la producción se contraiga; por ello se crean un desempleo inicial en la producción directa de bienes y servicios de consumo, y una desocupación que resulta proporcionalmente mayor en la industria de bienes de capital. El problema se reducía a la creación de ingresos, y si la generación de éstos no incidía en la oferta, esto es, si se incrementaba la producción de "mercancías de lujo", no se aumentaba la capacidad productiva y se creaba ingresos, se lograba una mejor utilización de la ya existente. Porque de esta manera se alcanzaba más rápidamente una demanda efectiva mayor, capaz de revertir la contracción económica.

En los países pobres el desempleo es bastante mayor que el desempleo cíclico y es permanente; ello significa que puede agravarse, pero no desaparecer. La falta de empleo es una consecuencia de la incapacidad del aparato productivo de absorber a la población ociosa. Hay desocupación por causa de la insuficiencia de la oferta de bienes de capital, y no sólo de la demanda efectiva. Por efecto de la poca capacidad productiva, rápidamente surgen presiones inflacionarias; esto ocurre porque, a la corta, el aparato productivo no puede producir todos los bienes y servicios que demanda la población que se incorpora al trabajo. El exceso de la demanda interna da origen a nuevas importaciones, por lo que se agrava la situación de la balanza de pagos. Esto impidió que nuestros países sostuvieran la paridad cambiaria y propició un mayor endeudamiento externo.

No es de sorprender el fracaso de los modelos keynesianos de desarrollo, basados en esquemas de gasto público en los que no se tomaron en cuenta el tipo de gasto y su efecto en la producción, y en programas de sustitución de importaciones de manufacturas a cualquier costo. Casi desde su inicio, estos modelos de desarrollo estuvieron plagados de presiones inflacionarias que, además de haber sido crecientes, han produci-

do procesos continuos de concentración del ingreso que detuvieron la economía en niveles muy bajos de producción y de empleo, por insuficiencia de la demanda efectiva o de la capacidad de importar.

Tampoco se logró que el aumento inicial de la ocupación y del ingreso se difundieran a toda la sociedad, porque se descuidó el sector primario, y la sustitución de importaciones aceleró el proceso de concentración, lo cual ocasionó que grupos cada vez más grandes de la población quedaran al margen del desarrollo y que se acentuara el dualismo de la sociedad.

Toda vez que los modelos de gasto público de tipo keynesiano fomentaron la concentración del ingreso, indujeron al sector privado a dedicar un alto porcentaje de su inversión a la producción para las clases de alto ingreso, porque la demanda de éstas era la que más crecía y la que proporcionaba mayores utilidades. Así se acentuó el desequilibrio fundamental del desarrollo, manifiesto en las fuertes presiones inflacionarias, en el desequilibrio externo, en la concentración del ingreso, en el mayor desempleo y en un aumento desproporcionado de la dependencia, representado, entre otros factores, por el endeudamiento externo. Este fue el resultado de lo que en las Naciones Unidas alegremente llamaron la "década para el desarrollo".

En estos años hubo varios economistas que señalaron las fallas de los enfoques en la resolución de los problemas del desarrollo. Entre los principales vale la pena mencionar a Baran, Kalecki, Kaldor y a la señora Robinson. Según ellos, el análisis cíclico no presta atención a la importancia que tienen los cambios en la estructura económica, social y política, a la distribución de la propiedad rural, a la concentración del capital y del ingreso, a la dependencia respecto del exterior para el abastecimiento de bienes de capital y de tecnología, y sobre todo, al hecho de que la desocupación en el desarrollo ocurre por escasez de producción y no por exceso, ya que el aparato productivo y la elasticidad de la oferta son pequeños.

Estos enfoques fueron poco frecuentes y aislados, puesto que no encontraron una caja de resonancia ni en los gobiernos ni en los organismos internacionales dedicados al estudio de estos problemas. De los empresarios no había mucho que esperar, pues ellos prefieren arriesgar todo lo que tienen antes que hacer una concesión en el más pequeño de sus privilegios.

Una vez que los esquemas keynesianos habían fallado, los viejos neoclásicos volvieron por sus fueros. Para ellos, el problema se reducía a una insuficiencia de ahorros. El Gobierno debía promover el ahorro y dar incentivos para que se invierta; con ello se crearían suficientes ingresos, siempre y cuando los salarios medios no se alejasen del salario de equilibrio, o sea, el que fijan la oferta y la demanda de empleo. Claro que no deja de ser una pena que, en los países en desarrollo, el salario de equilibrio siempre esté por abajo del nivel de subsistencia.

En cierta época los economistas neoclásicos sobrevivieron a la sombra de la "revolución keynesiana", pero sin participar en ella, por razones más de tipo político que teórico. Por

ello no siguieron las corrientes clásicas, que tanto prometían y que eran el centro de la atención de los mejores economistas de esa época. En cierta medida, fueron hijos naturales de Keynes, pero como no conocieron bien al padre, se refugiaron en la escuela austriaca que, dentro de la corriente neoclásica, fue la más conservadora. La distinguieron siempre la superficialidad de su análisis y el tono dogmático y político del mismo. Los monetaristas modernos tienen todos estos puntos de contacto con los austriacos; se consideran defensores del sistema de libre empresa, de la estabilidad y del orden, al cual con frecuencia confunden con el bienestar social. Su confusión entre medios y fines es patente, y no constituyen una escuela de pensamiento económico, pues no han añadido nada nuevo a la economía como la dejó Marshall, o a los enfoques monetarios de Von Mises y de Hayek, y aún de Wicksell.

Una característica común a todos ellos consiste en que, independientemente de su origen, piensan y actúan en alemán. Es posible que esto se deba a que fue el Dr. Schacht quien mejor aplicó sus principios en la Alemania nazi. También fue el primer monetarista a quien se premió su éxito con la cárcel. Otros han recibido premios Nobel.⁵

Al formular sus modelos de estabilidad y crecimiento, la teoría neoclásica parte de varias falacias; de éstas, las más comunes son las siguientes:

1) En su análisis, explícitamente están ligados a algún modelo de sistema económico de *laissez faire*. Pero este sistema está liquidado por la interacción de las tendencias liberalistas y por la intervención del Estado; así, el lugar de este sistema lo ocupa una economía caótica, que es lo que caracteriza a las sociedades capitalistas modernas. Lo que quedaba de la libre competencia la eliminaron los grandes monopolios, que son una consecuencia natural del crecimiento competitivo entre empresas y de una larga prosperidad.

2) Suponen que el aparato institucional de un sistema social y político debe ser neutro, cuando en realidad es el elemento básico de una determinada teoría y política de crecimiento. Para que un país se desarrolle dentro del sistema capitalista, la estructura formal del aparato político necesita irse modificando conforme crece la economía; si no lo hace, frenará el desarrollo. Si el capitalismo se transforma para facilitar el desarrollo, irá incorporando cambios básicos que hagan posible su sobrevivencia fortalecida; de lo contrario, demostrará que es un sistema inoperante para asegurar el crecimiento.

3) La identidad entre el interés individual y el de la sociedad. El objetivo del capitalista individual está expresado en términos monetarios y es la acumulación de riquezas financieras; en cambio, el objetivo de la sociedad se expresa en mercancías reales y en capacidad de producirlas. En capital real, y no financiero. El individuo siempre busca una inversión segura, o no la hace; la sociedad, por el contrario, necesita un nivel dado de inversión global. Lo mismo puede decirse de las utilidades como forma de asignación de

recursos: una inversión puede ser buena para el individuo, por las utilidades que genera, pero esto no necesariamente la hace buena para la sociedad. En la práctica, el desarrollo y la estabilidad resultan problemas demasiado serios para que los resuelvan las fuerzas del mercado y el albedrío individual.

4) Hay cierta identificación de la economía individual y la de la sociedad; de ahí la importancia que adquieren los problemas de financiamiento. Es curioso que los países subdesarrollados que tienen un gran problema de empleo cuentan, en su política económica, con una política financiera muy elaborada y una política de empleo nebulosa y rudimentaria; en los países ricos, en cambio, el eje de la política económica es el empleo, y todo lo demás es secundario. Esta diferencia en la política económica podría servir para establecer la frontera entre subdesarrollo y desarrollo, y también entre ecónomos y economistas.

5) Al igual que los empresarios privados, los monetaristas se oponen a la intervención del Estado, cualquiera que ésta sea, sobre todo cuando toma la forma de inversiones productivas, y no solamente de infraestructura, ya que ésta es una forma de subsidio indirecto a las utilidades. Por ello, recomiendan el principio de la política financiera "sana", con arreglo a la cual el Estado grave lo menos posible las utilidades, para que no disminuya el incentivo a invertir, y gaste sólo lo que recibe por ingresos ordinarios. El déficit público es para ellos siempre inflacionario.

6) Se acusa al Estado de ser mal administrador cuando pierden las empresas públicas, pero no se tolera que éstas aumenten sus tarifas y precios, única forma de que no se descapitalicen. De esta manera se privatizan las utilidades y se nacionalizan las pérdidas. Piden la venta de empresas públicas, ¿a quién? ¿A un sector privado que no invierte? Es obvio que lo que no hacen el Estado y los empresarios nativos terminarán por hacerlo las compañías transnacionales. ¿Qué pasaría si el Estado subiera los precios de lo que produce en la misma forma que los monopolios privados? ¿Cuánto ganaría Pemex, o las compañías eléctricas, las de fertilizantes, etc.? ¿Y a cuánto asciende la protección arancelaria a la empresa privada? Porque su importe es una pérdida social neta que pagan los consumidores cautivos.

Los economistas neoclásicos se enfrentan a una situación mundial que cada vez es más distinta a "su" concepto de realidad. Primero se quejaron de que los hechos no eran, ni se comportaban, como ellos preveían; posteriormente llegarán a la novedosa conclusión de que el Estado se enfrenta, necesariamente, a la siguiente decisión: ¿cuál es el precio que con desempleo está dispuesto a pagar para alcanzar la estabilidad? Estiman, entonces, que una tasa de inflación de 4 a 6 por ciento al año debe considerarse normal, y que su precio será entre 5 y 6 por ciento de desempleo.

Lo más grave es que las deficiencias de la teoría crecen en la medida en que es mayor el subdesarrollo, porque los márgenes de inflación para nosotros oscilan entre 20 y 300 por ciento al año, el desequilibrio del tipo de cambio es constante y no tiene límites, y ¿cómo podríamos aumentar el desempleo, si éste fluctúa entre 20 y 40 por ciento de la fuerza de trabajo?

5. J. K. Galbraith, *Money: whence it came, where it went*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1975, p. 161.

Estos hechos permiten cuestionar la validez de la teoría, la sagacidad de los economistas que persisten en utilizarla y la justificación del ejercicio del poder económico por parte de grupos de la comunidad que no vacilan en imponer restricciones y sufrimientos a los sectores populares, en aras de un objetivo estabilizador que no pasa de ser un simple espejismo monetario.

La receta tradicional para resolver los problemas de desequilibrio y de crecimiento es la austeridad en el gasto público y en el crédito privado. Con ello se pretende reducir la inflación y mantener el empleo en crecimiento. En la práctica, esta política conduce a la estabilización, pero con un alto nivel del desempleo, y con crecimiento igual a cero o negativo.

Estos resultados son incompatibles con los objetivos de la política económica y social, y plantean a los gobiernos un problema cada vez más serio de apoyo popular, sobre todo cuando la realidad demuestra que la austeridad no frena la inflación y el desequilibrio externo, y sí reduce la ocupación y los salarios reales y conduce al inmovilismo del sector público. Esto ha ocurrido en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Suecia, etc. En el caso de América Latina, los ejemplos son trágicos; van desde Argentina hasta Chile, pasando por Brasil. Estos países han sido fieles a la ortodoxia de la estabilidad, han obtenido un mayor desequilibrio sin crecimiento y con un costo adicional: la pérdida de la libertad y de las formas democráticas de vida.

Para que una política de austeridad funcione, es necesario que los salarios y las utilidades se comporten de acuerdo con las reglas del juego de la escuela neoclásica, es decir que disminuyan en términos monetarios en la medida en que aumente la desocupación.

En el caso de los salarios esto no ha ocurrido, ni es factible que ocurra, dentro de un régimen democrático de gobierno. Donde existen sindicatos obreros, por precarios que sean, la reducción de los salarios monetarios es ya solamente una expresión de los buenos deseos de los empresarios. En la realidad, los salarios monetarios pueden mantenerse o incluso crecer, pero el salario real global puede reducirse, si la tasa de crecimiento de los precios de los bienes-salario es superior a la tasa combinada de crecimiento de los salarios monetarios y de la ocupación. Una política de austeridad puede lograr una disminución del salario real global, bajo la condición de que no aumente el empleo y de que persistan ciertas presiones inflacionarias, y esto es precisamente lo que se quería eliminar con la aplicación de dicha política.

Las utilidades no disminuyen cuando se contrae la actividad económica y cada vez responden menos a las condiciones de un mercado competitivo, porque los precios son "manipulados" o "manejados" por los productores, y no son el resultado del libre juego de la oferta y la demanda.

Si no disminuyen los salarios y las utilidades, en los términos planteados, se pierden los efectos "estabilizadores" de la austeridad, tanto en el gasto público como en el crédito bancario. Es más, la contracción de los salarios se transformará en un aumento de las utilidades, y la "austeri-

dad" que se logre en el consumo de los trabajadores se compensará con un aumento en el consumo no necesario que hacen las clases medias y los capitalistas. Este fenómeno es más notorio cuando los grupos con alto ingreso tienen una alta propensión a consumir; dicha propensión, en el caso de México, es del orden de 0.6, y en las economías desarrolladas es de 0.3.

En una economía capitalista las utilidades sólo se pueden controlar con formas de intervención, que no encuadran cabalmente dentro del sistema de libre empresa y que, desde luego, escapan a cualquier medida de política fiscal tradicional. Por lo demás, la resistencia a gravar utilidades es muy fuerte, dada la posición política de los empresarios que se apoyará, además, en otro principio básico de los neoclásicos, el que establece que para invertir hay que disponer de ahorros. En la realidad, la inversión siempre crea un volumen equivalente de ahorros; no hay que olvidar que los obreros gastan lo que ganan y los capitalistas ganan lo que gastan. La igualdad entre ahorro e inversión no es un problema complicado y oculto; se da en el mismo proceso productivo, porque el salario de los obreros nunca es igual al valor que éstos agregan al producto final, debido a la existencia de la plusvalía.

Estos dos factores no sólo disminuyen la eficacia de la austeridad, sino que constituyen la razón de fondo que explica la imposibilidad de que las políticas monetaria, crediticia y del gasto público tengan una función estabilizadora. Obviamente, la eficacia del control de precios es muy limitada en una economía de mercado y de escasez.

LA REALIDAD

La política seguida en 1976 en los principales países sugiere que las estructuras comerciales y agrícolas, la desigualdad en la distribución del ingreso, el peso de los monopolios, la estructura fiscal y la de la oferta son los factores que determinan las diferencias entre las tasas de inflación de varios países con un grado igual o con diversos grados de desarrollo, porque no son el adelanto o el atraso económico, ni su mayor o menor apego a la austeridad y a las buenas costumbres, lo que torna a un país más vulnerable al desequilibrio, sino la naturaleza de sus estructuras económicas, la desigualdad social y los privilegios económicos.

En el caso de América Latina se confirma esta afirmación. Son los sectores populares los que pagan la impotencia de la política de austeridad, porque se controlan los salarios, pero no las utilidades y, por ello, el efecto del control de precios es nulo. En la mayor parte de estos países, el precio de la aplicación de esta política no sólo fue económico, sino que también fue alto en términos de libertad individual.

Si prevalecen los mecanismos concentradores de ingreso, cualquier reducción de los salarios reales se transforma en utilidades de los capitalistas, y se reduce la eficacia de la congelación de los salarios monetarios. En consecuencia, el problema de estabilidad y crecimiento rebasa los límites estrechos de los "trucos" monetarios. No se trata de imponer un nuevo "maquillaje", como sugieren los economistas tradicionales, sino de dar una nueva cara a la economía. Por lo demás, no deja de ser un sarcasmo trágico el hecho de que

estas medidas sólo operen en los países socialistas. En ellos, la austeridad del gasto público y la del privado sí resultan eficaces para adecuar la demanda excedente a la oferta inelástica de factores productivos. La política de austeridad en estos países sí tiene todos los efectos positivos que enumeran los monetaristas cuando recomiendan su aplicación a los países capitalistas, con la ventaja adicional de que sólo en los países socialistas el precio es un resultado de la oferta y la demanda y sirve para adecuar la una a la otra.⁶

Es lógico que medidas eficaces en una economía socialista no operen en un sistema económico de empresa privada. Esto aumenta la esquizofrenia de los economistas neoclásicos. Quieren salvar el sistema de libre empresa, pero en su almacén teórico sólo hay medidas propias para una economía socialista. Este es un caso patético de incongruencia política, que tiene un alto precio en términos de la verdadera "confianza", que es la de las mayorías, en un sistema económico que no parece tener capacidad de resolver sus más graves problemas.

El panorama que se presenta en el uso actual de la teoría económica se vuelve más oscuro, si se parte solamente de la economía neoclásica convencional, porque los problemas de estabilidad y de desarrollo cada vez resultan menos convencionales e incluso se salen del cuadro de relaciones de la economía keynesiana; éste es el caso de los principales problemas no resueltos en la mayoría de los países, y que podrían agruparse de la siguiente manera:

1. Desempleo o inflación

En casi todos los países capitalistas se presentan en la actualidad, en forma simultánea, el desempleo más o menos masivo y la inflación. Los neoclásicos creían, hasta tiempos recientes, que el desempleo coincidía con precios a la baja y que éstos sólo subían con una ocupación creciente. Pero, en la realidad, persiste la inflación, aumenta el desempleo, fluctúan los tipos de cambio y, aunque no cabe duda de que las economías se recuperarán en la medida en que abandonen los caminos tradicionales, el prestigio de los economistas neoclásicos tardará mucho más en recuperarse, si es que alguna vez lo hace.

Poco se ha explorado la influencia que tienen los gastos no productivos en las economías modernas, aun en las desarrolladas. El auge de los servicios y de los gastos bélicos y el alto porcentaje de la producción que esto representa para una economía de desperdicio o consumista acelera el consumo necesario, la habitación y el vestido, cuyos precios se mueven con mayor rapidez que el resto, e incluso que los salarios. Para mantener sus niveles de vida, las clases medias y populares tienen que reducir su gasto en bienes no necesarios o superfluos, con lo que se produce desempleo en industrias como la de bienes de consumo duradero y la de automóviles, y en ciertos servicios no necesarios y de alto precio; en esta forma coinciden, en el tiempo, inflación y desempleo. Hay muchos otros factores que los agravan o los alivian, pero que son, invariablemente, de tipo secundario y derivados del primero.

6. Joan Robinson, *Collected Economic Papers*, vol. I, Blackwell, Oxford, 1951, p. 101.

2. Adelanto tecnológico y salarios

Los economistas siempre tuvimos una gran confianza en que el adelanto tecnológico se daría en todos los países con una elevación acelerada y constante de la productividad; esto permitiría que aumentaran los salarios reales *pari passu* con una mayor acumulación de capital, alejando el fantasma marxista de la depauperización progresiva del proletariado. Por su parte, el aumento de la productividad del trabajo también sería un freno constante a las presiones inflacionarias.

La realidad es que los salarios reales no se elevan con el crecimiento de la productividad y no influyen en los precios, porque éstos son manipulados por los productores, y no constituyen el resultado del libre juego de la oferta y la demanda. En casi todos los países, los incrementos de salarios están por abajo de las presiones inflacionarias; como resultado de ello, las utilidades crecen más que el salario real, a pesar del aumento de la productividad, y también bajan la inversión privada y el nivel de ocupación. En estas condiciones, un obrero tendría perfecto derecho a preguntarse: adelanto tecnológico y de la productividad, ¿para qué?, o mejor dicho, ¿para quién?

3. Tasa de interés y ahorro

A pesar de las altas tasas de inflación, que reducen o hacen negativa la tasa de interés real, el ahorro personal sigue aumentando. Para los neoclásicos la frugalidad y las buenas costumbres en la vida de los individuos harían que éstos no consumieran la totalidad de su ingreso, y la tasa de interés constituye una recompensa a la abstinencia. Esto da un carácter moral a la acumulación de capital y justifica el pago por el uso del capital. Así, en el proceso de crecimiento, los obreros ganan porque obtienen mayores salarios, y los capitalistas se sacrifican para hacer posibles el ahorro y la inversión. No es de extrañar que este enfoque tenga tantos adeptos entre los capitanes de industria.

Pero ocurre que la tasa de interés real disminuye, y hasta es negativa, y se sigue ahorrando. En este caso, todo el esquema monetario de la determinación del ahorro pierde su base, y el problema queda abierto para resolverlo a través de la mecánica de la concentración del ingreso. Sobre todo, porque el problema se agrava cuando aumentan las utilidades y disminuye la inversión. Tal vez Keynes tenía razón cuando decía en sus *Essays in Persuasion*, refiriéndose al sistema capitalista: "...no es hermoso, no es justo, no es virtuoso y no cumple con lo que promete".

Aquí nos enfrentamos a lo que en derecho se llama un vicio de origen. Hay fondos para ahorrar y se ahorra y no se invierte. ¿En qué quedamos? Otra vez la realidad contradice a la teoría. No es posible que la política de austeridad tenga por objetivo no anunciado la eliminación de una sociedad de empresarios para sustituirla por una sociedad de agiotistas; además, ¿a quién prestarían los agiotistas si la producción no aumentara y, en consecuencia, nadie invirtiese?

4. El déficit fiscal

La estabilidad, según los neoclásicos, puede lograrse mediante reducciones en el gasto público, pero esto contrae la ocupación y la actividad económica y elimina el incentivo a

invertir del sector privado. Si para estimularlo se reducen las cargas fiscales, entonces el déficit presupuestal aumenta, y el objetivo de la política de austeridad es que se reduzca. De hecho, en todos los países los gobiernos operan con déficit para compensar la disminución de la inversión privada.

El comportamiento de las economías subdesarrolladas no se ajusta al modelo keynesiano del gasto público compensador, porque los dos obstáculos más serios al desarrollo son las presiones inflacionarias y el desequilibrio externo; para franquearlos habría que regular el monto y el destino de la inversión y la estructura de la oferta. Esto nos aleja del sistema económico liberal, pues anula las supuestas virtudes del equilibrio presupuestal que debe sustituirse por una nueva relación: el equilibrio entre ahorro e inversión a través del gasto deficitario del sector público. Así, la magnitud del déficit dependerá de cuán deprimido esté el sector privado. Aunque el Estado moverá sus inversiones en forma coyuntural, es muy importante este nuevo concepto del déficit, que ya no se da entre ingresos y egresos ordinarios, sino que está determinado por el monto del excedente económico del sector privado que, por una razón u otra, no se invirtió.

Cuando los negocios están en franco decaimiento, los empresarios sí acuden al sector público para que estimule la economía, aun con gastos deficitarios, con tal de que no invierta donde les hace competencia. Parece ser, sin embargo, que la disyuntiva del sistema es un mayor nivel de ocupación e ingreso, con inversiones públicas en aumento, o bien depresión crónica, con una economía a cargo, básicamente, de la iniciativa privada. Pero ¿cuán vigorosa es una iniciativa privada que vive en la incertidumbre de la depresión económica? ; y en condiciones de depresión crónica, ¿cuánto tiempo podrá sobrevivir? Porque, aunque les parezca curioso a los monetaristas, lo único a lo que la gente no puede acostumbrarse es a morir de hambre.

En realidad los economistas neoclásicos nos presentan una imagen pobre del empresario, a quien se supone defienden: nos lo muestran siempre batiéndose en derrota frente al doble problema del desequilibrio y del desempleo, y con la necesidad periódica de que el Estado lo ayude creando la inversión que él no puede realizar. De hecho están planteando la eutanasia del empresario. Me resisto a creer que, en este momento de nuestro desarrollo, podamos descartarlo. Lo que pasa es que con estos defensores, el sector privado ya no necesita enemigos.

Creo que, como yo, muchos otros economistas no compartirán el pesimismo de los neoclásicos respecto del papel del empresario privado. No podemos quemar etapas en el desarrollo histórico, a menos que caigamos en una crisis prolongada de crecimiento; los problemas de producción no se solucionan sólo con un cambio de sistema, como parece que se propone el yo pesimista de los neoclásicos. Y cuando pensemos en los cambios, tengamos presentes dos hechos: el primero, que el debilitamiento de nuestro sistema económico conduce más fácilmente al fascismo que al socialismo, como lo enseña el ejemplo reciente de América Latina; y segundo, que los problemas del subdesarrollo no desaparecen por el simple cambio. Además, como decía Paul Baran, si el socialismo se establece en un país subdesarrollado, necesariamente será un socialismo subdesarrollado.

La verdad es que la economía neoclásica, en el terreno teórico, ha privado al capitalismo de formas adecuadas de sobrevivencia, y ella misma está en un callejón teórico del cual no hay salida. Tendremos que sacar de él a los economistas neoclásicos para que el sistema que ellos frenéticamente tratan de salvar, no perezca en el caos. No deja de ser una ironía política que lo que se salve se deberá a los economistas que nunca fuimos apologistas del sistema y que estamos preocupados porque éste no derive necesariamente en el fascismo.

5. Las transnacionales

Con ellas, los problemas se complican aún más, porque destruyen los cuatro pilares básicos del liberalismo capitalista: a] la libertad de competencia; b] el libre juego de las fuerzas del mercado; c] el precio como resultado del juego de la oferta y la demanda, y d] la igualdad de oportunidades.

Ultimamente, un grupo de economistas ha utilizado el problema de las empresas transnacionales para satanizarlas y achacarles todas nuestras desgracias, para después inventar una teoría de la dependencia, que escamotea la atención de los problemas de fondo y permite que no se tome el compromiso de asumir una actitud teórica y política definida.

La importancia de las transnacionales crece cuando se analiza su comportamiento desde un punto de vista de política económica, ya que no corresponde al que los economistas neoclásicos atribuyen a la inversión extranjera. Estas variantes son las siguientes: 1) no promueven necesariamente las exportaciones, o sustituyen importaciones tradicionales; 2) mediante la publicidad, imponen patrones de consumo y de comportamiento que no corresponden al nivel medio de ingresos; 3) promueven intervenciones en política para asegurar sus intereses y toman decisiones que no siempre se ajustan al interés nacional (es que cuando la fuerza es grande, también es grande la tentación de usarla para conformar un tipo dado de país); 4) pueden producir movimientos masivos de capital con fines especulativos, agravándose así la inestabilidad monetaria, y 5) promueven la producción con un alto uso de capital, cuando no se tiene la infraestructura social, cultural y económica necesaria para que los adelantos tecnológicos rindan todo su beneficio.

Las transnacionales, al manipular el precio y la oferta, crean una economía cada vez menos de libre empresa; además, el manejo internacional del precio por las transnacionales, teniendo en cuenta que una proporción cada vez mayor del comercio mundial se hace en el interior de las mismas, significa una "filtración" continua de los efectos de la política interna de expansión o de estabilidad. Todo esto reduce la autonomía y la eficacia de las medidas de política económica, desde el momento en que las decisiones de buena parte del volumen total de transacciones se hacen en el exterior. Esto contribuye, en parte muy importante, al descrédito del sistema de libre empresa y de quienes desde la economía son sus apologistas.

La gran empresa hace que las inversiones en cualquier actividad ya no estén al alcance de los individuos, sino sólo al de ella o al del Estado. Si las realiza el Gobierno, desplaza

al empresario individual; si las realiza una empresa transnacional, pierde el individuo y no gana el país.

6. *El nuevo mercantilismo*

Tal parece que los países grandes han vuelto a la idea de que la fortaleza de una economía depende de sus saldos favorables en la balanza comercial. Se ha perdido de vista que, cuando un país gana, otro necesariamente pierde, y que, para vender, es necesario comprar, con el fin de dar a los países un poder adquisitivo que de otra manera no tendrían.

No en balde el modelo concentrador del ingreso tiene poco éxito en su intento de mantener la estabilidad cambiaria y la liquidez internacional. Un sistema de comercio en que cada país trata de obtener un saldo favorable en cuenta corriente es inevitablemente deflacionario y contraccionista y, eventualmente, produce desempleo en los países afectados o mantiene la tasa de crecimiento por abajo de la capacidad real de exportación, porque el superávit de un país es, por fuerza, el déficit de otro.⁷

Estos seis hechos de la realidad económica moderna constituyen las grandes incógnitas de nuestro tiempo y someten a prueba la validez de este tipo de análisis económico. En la medida en que éste no sirve y en que los economistas lo comprueban, impotentes ante la obstinación de la realidad, se empiezan a cuestionar, también, la necesidad y la justificación de un sistema económico que ha perdido todo su dinamismo, y con él, las verdaderas formas éticas de convivencia humana.

Se crea así una economía peculiar, que no responde a los tratamientos de la economía tradicional para lograr la estabilidad o para promover la expansión del empleo y del ingreso; pero, aun con todo esto, resulta el colmo de la impotencia y del fatalismo admitir que tendremos que vivir bajo la sombra de la inflación y del desempleo, ya que nadie nos puede garantizar que, al mismo tiempo, viviremos a la sombra de la estabilidad política y de la democracia.

Quizá resulte más eficaz, dentro de este cuadro tan desolador que nos ha dejado la economía neoclásica, regresar a la economía clásica y encontrar en ella la salida del sistema económico en que nos tocó vivir.

EL NUEVO MODELO DE DESARROLLO

En un análisis realista, en el que los problemas se vean con claridad, una vez que se corra el velo monetario, será más fácil percibir que el modelo concentrador del ingreso ya se agotó, y que deberemos buscar una salida al subdesarrollo basándonos en una política económica en cuyo eje estén las políticas de ocupación y de producción.

El pensamiento económico se ha ido fortaleciendo al seguir la trayectoria de los economistas clásicos, porque el estudio de la mecánica del desarrollo tiene que partir del análisis de la generación del empleo, del ingreso real y de su distribución; en esta forma, el análisis se vuelve explícitamente

dinámico y rebasa las limitaciones de las funciones de producción.

El problema de la ocupación debe enfocarse considerando las posiciones distintas de la elasticidad de la oferta de bienes-salario, de bienes de capital y de tecnología. El empleo deberá examinarse como una función tanto de la demanda efectiva, cuanto de la oferta total, y el estudio de los factores determinantes de los salarios y de las utilidades permitirá que se influya en la distribución del ingreso entre los factores productivos. No puede separarse el problema de la generación del ingreso del de la distribución, porque se pierde toda posibilidad de encontrar las causas de las presiones inflacionarias, del ritmo de crecimiento de la economía y del cambio tecnológico, hechos que, en gran medida, son un resultado de la lucha de clases.

De esta manera, la teoría del desarrollo estará dentro de la tradición clásica de la ciencia económica; se acerca a Smith, a Ricardo y a Marx, que se ocuparon de la determinación del origen de la riqueza de las naciones, de su distribución, de los efectos del comercio internacional y del análisis del trabajo, de los instrumentos del trabajo y del objeto del trabajo. Este enfoque del desarrollo se ocupará del proceso de acumulación de capital real, y no sólo financiero, del carácter dinámico de las funciones producción y, con Keynes y Kalecki, presentará un mundo que no tiene, en forma espontánea, al equilibrio y a la ocupación plena.

Al apegarnos a la tradición clásica en el estudio del desarrollo, damos a éste la dimensión social de la que carece en los enfoques neoclásicos. La ciencia económica se ocupa del estudio de personas que viven en sociedad y se organizan en grupos que no tienen los mismos intereses, sino en forma excepcional; esto hace que el Estado moderno, como prerrequisito de toda política económica, tenga que decidir a qué grupo favorece y a quiénes beneficiará el esfuerzo de la sociedad, ya que cualquier decisión, por buena que sea, siempre va en contra de los intereses de algún grupo y en beneficio de los de algún otro, porque, en economía, lo que un grupo gana, otro grupo necesariamente lo deja de ganar.

El eje de la política de desarrollo tiene que ser la política de ocupación, porque el subempleo, de cualquier tipo que sea, es la forma más cruel de subutilización de los recursos humanos y se debe a la insuficiencia de los demás factores de la producción: capital y materias primas, en el caso de la industria, y capital y tierra, en el caso de la agricultura.

En la política económica, hasta fechas recientes, al problema del empleo se lo había relegado a un lugar secundario por la preeminencia del enfoque neoclásico, el cual supone la plena ocupación de los recursos productivos, en condiciones de competencia. Es muy posible, también, que esto se deba a que la simplicidad de los problemas financieros y su similitud con los de la economía familiar, les ha permitido atrapar más fácilmente la atención de ciertos economistas y de no pocos legos.

Cuando no se enfoca el desarrollo desde el punto de vista del empleo, su lugar dentro de la teoría lo toma la distribución del ingreso, pero ésta sólo beneficia a quienes disponen de una ocupación remunerada. El problema de la distribu-

7. Joan Robinson, *Libertad y necesidad. Introducción al estudio de la sociedad*, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 109.

ción del ingreso no se limita sólo al incremento de salarios, sino también al de la cantidad de individuos que los reciben. En esta forma, el aumento de los salarios promedio lo da el crecimiento de la ocupación, y el alza de los salarios por sectores será una función del adelanto tecnológico y de la introducción, por parte del Estado, de modalidades monopolísticas al mercado de trabajo, a través de su política laboral, y a la existencia de sindicatos fuertes.

No debemos creer en la bondad de una política de empleo, si sus frutos no benefician a los trabajadores, ni tampoco en los sacrificios en el presente para obtener beneficios a la larga, porque a la larga todos estaremos muertos, hasta el sistema en que vivimos. Estos sacrificios populares sólo se justifican si los comparten los empresarios; no se puede enfocar el problema desde el punto de vista de las utilidades justas, porque éstas, en el capitalismo, son las más altas que se puedan conseguir en el menor tiempo posible. Lo que sí puede hacerse es exigir a los empresarios que inviertan las utilidades y no se las coman, o las dilapiden en consumo suntuario. Esto se puede lograr con impuestos a las utilidades y al gasto, en el cual se materializa la desigualdad en la distribución del ingreso, y con incentivos a la inversión en sectores seleccionados.

En toda economía, el crecimiento a largo plazo del empleo y del ingreso real se logra mediante un aumento sostenido en el gasto nacional, en cualquiera de los siguientes sectores:⁸

- a) consumo personal;
- b) inversión bruta;
- c) gastos públicos en bienes y servicios, y
- d) saldo de la balanza de pagos en cuenta corriente.

Estos son los cuatro caminos de que dispone la economía para inducir el crecimiento del empleo y del ingreso; los cuatro son los componentes del gasto nacional total. Al crecer el nivel de ocupación, como resultado de una expansión en uno o en todos los sectores del gasto, se genera una corriente equivalente de ingresos privados y públicos, como resultado de los pagos hechos en la producción de bienes de consumo, de inversión o de exportaciones en un período dado. En el mismo lapso, estos pagos toman la forma de salarios, sueldos, dividendos, rentas, intereses, etc., o los retienen las empresas como reservas de amortización o como utilidades no distribuidas, o bien se pagan al Gobierno en la forma de impuestos y derechos.

Hay dos factores que actúan como freno al crecimiento del gasto: las presiones inflacionarias y el desequilibrio de la balanza de pagos.

En los países subdesarrollados hay una oferta relativamente inelástica de bienes-salario, especialmente de alimentos; por ello, una expansión de la ocupación crea con gran rapidez presiones inflacionarias que serán mayores o menores de acuerdo con la mayor o menor duración del plazo entre el efecto monetario del gasto y sus consecuencias en la

oferta total. Si la oferta no aumenta su elasticidad, las presiones inflacionarias reducirán el ingreso real de los sectores populares; así se inicia un proceso circular y acumulativo de concentración del ingreso, que detiene el desarrollo por deficiencias de la demanda efectiva.

El problema central que plantean las presiones inflacionarias consiste en determinar quién va a pagar por el desarrollo económico. En condiciones de inflación, son las clases populares las que financian la inversión con el envilecimiento de sus ingresos reales. Si se desea evitar que esto suceda, debe mantenerse la elasticidad de la oferta de bienes-salario en línea con el crecimiento del producto nacional bruto; de esta manera se logra que el financiamiento lo compartan los asalariados, con una parte del aumento de la productividad del trabajo, y los capitalistas; con ello se reducen el consumo suntuario y la inversión socialmente mal dirigida, o sea, la que no produce bienes-salario, ni sustituye importaciones, ni crea exportaciones.

En una situación en que los salarios reales están bajando y las utilidades crecientes no se traducen en un incremento en la inversión, el ingreso de los capitalistas de destinará a: 1) un aumento del consumo suntuario; 2) mayor inversión financiera, y 3) un aumento en la fuga de capitales.

El consumo suntuario puede mantener cierto grado de crecimiento, pero es muy inestable, y la inversión financiera y la fuga de capitales dan al sistema una liquidez que no tiene defensa y que equivale a la sustitución de la moneda nacional por divisas. Por eso, los movimientos de capital son mayores y más erráticos cuanto menor sea la tasa de crecimiento de la economía. Los resultados de una política redistributiva del ingreso, ya sea por acción sobre el nivel de los salarios o por regulación de las utilidades, serán modestos si hay una producción escasa.

El desempleo funciona en contra de la fuerza de los trabajadores dentro de la lucha de clases, porque siempre habrá gente dispuesta a trabajar con salarios aun menores que los existentes y con una "gran disciplina obrera" que garantiza el nivel de utilidades. En realidad, los empresarios objetan que el Gobierno invierta y cree empleos y procure mayores salarios, porque cuando hay empleo "los obreros olvidan el lugar que les corresponde dentro de la sociedad" y se convierten en fuerzas efectivas de poder y de presión, y los capitalistas pierden así una parte de su poder político.

El Estado tiene que apoyar al movimiento obrero para que los salarios sean un resultado de la productividad del trabajo, y no de la oferta y la demanda de éste. Los salarios deben fijarse en forma casuística y no general; con ello se evita la eliminación de las fuentes de trabajo marginales mientras no hay otras fuentes de ocupación. Si los aumentos son generales, los capitalistas: 1) reducirán costos eliminando trabajadores; 2) trasladarán el aumento del salario al precio, o 3) reducirán el margen de utilidades. Lo que se trata de lograr es esta última opción, y no las dos primeras.

Para que los campesinos aumenten su ingreso es necesario utilizar los precios de garantía y mantener una relación de precios favorable al campo. Ello sólo se logra si los ingresos provenientes del gravamen a las ciudades, especialmente a los

8. George R. Feiwel, *The Intellectual Capital of Michael Kalecki. A Study in Economic Theory and Policy*, The University of Tennessee, Knoxville, 1975, p. 196.

intermediarios, pasan por el Estado, para que éste pueda ofrecer incentivos en la forma de insumos baratos para la producción rural.

Hay tres principales caminos para alterar el nivel de utilidades: 1) los salarios; 2) los impuestos, y 3) la competencia del Estado para influir en la fijación de los precios. Los impuestos todavía tienen mucho que gravar dentro de la generación de utilidades; los salarios tendrán los límites que fija la elasticidad de la oferta, o sea, la capacidad de producir bienes-salario, sobre todo alimentos, para que su efecto no sea inflacionario, porque en la carrera de precios y salarios siempre pierden estos últimos. La participación estatal en la distribución ofrece grandes posibilidades, pues en ella se materializa la mayor parte de las utilidades. Esta participación estatal en la distribución tendría una doble finalidad: 1) hacer que los precios no sean especulativos, y reducir las utilidades de los intermediarios y participar en ellas, y 2) favorecer a los productores sobre los comerciantes, en la distribución de las utilidades.

Todas las medidas redistributivas tendrán una oposición cerrada de los hombres de empresa, que se dirigirán especialmente contra el Estado empresario. El fondo es político, aunque se presente con un ropaje económico. Si el Estado aprende a crear actividad económica y empleo con su gasto, pierde toda su eficacia el "grado de confianza" de los empresarios, como determinante de la inversión. A pesar de ello, puede ser que hasta se encuentre más de un economista, en el sector público, que esté dispuesto a demostrar que la intervención estatal no es sana ni democrática y que el sector privado siempre puede hacer las cosas mejor que el sector público.⁹

Una diferencia sustancial entre el crecimiento de un país como el nuestro y el de los países ricos consiste en que las economías en desarrollo, conforme crecen, no producen los bienes de capital, las herramientas y la tecnología que requieren, sino que se ven obligados a importarlos; por ello, de 40 a 50 por ciento de la formación bruta de capital depende de las importaciones, y en esta forma, el crecimiento se torna una función de la situación de la balanza de pagos. Esta situación se agrava en la medida en que es menor el grado de integración industrial y hay que importar bienes intermedios y materias primas.

El carácter de importador de bienes de capital lleva implícita la necesidad de importar también la tecnología, ya que la mayor parte de las innovaciones tecnológicas se materializa en los bienes de capital. La incapacidad de sustituir en forma masiva las importaciones de bienes de capital con producción nacional, o bien de aumentar las exportaciones en la medida en que lo requieran las importaciones, crea la tendencia crónica al desequilibrio de la balanza de pagos, que acompaña a todo proceso de expansión.

Las tendencias permanentes a la inflación (por la baja capacidad productiva interna) y a los desequilibrios de la balanza de pagos, señalan el ritmo y la estructura de la política de pro-

ducción y también el de la inversión bruta. La política de producción estaría orientada hacia la reducción del desempleo, en un marco de equilibrio interno y externo.

Las metas básicas de la política de producción serían: un aumento en la producción de bienes-salario con un valor determinado por la elasticidad ingreso del consumo y tomado en cuenta los aumentos de los ingresos monetarios y de la ocupación; una producción de alimentos por lo menos igual a la tasa de crecimiento demográfico; el fomento a todos los insumos de esta producción; y por otro lado, el manejo de todos los instrumentos, directos e indirectos, de estímulo a las exportaciones y a la sustitución de importaciones tradicionales de bienes de capital y de bienes intermedios. La definición detallada de las metas de producción y la prioridad que se les asigne constituyen la política económica para el desarrollo, que escapa a los límites de este trabajo. Sin embargo, vale la pena destacar que los cambios de estructura que requiere esta política económica son más difíciles de aceptar que de instrumentar, porque necesariamente rompen con tradiciones bien establecidas en materia económica, pero cuya validez tenemos derecho a cuestionar, en vista de los resultados obtenidos con la política tradicional.

Entre estos cambios está la necesidad de que el Estado actúe con suficiente independencia de los grupos de presión; de lo contrario, termina subordinado a los hombres de empresa, que es lo más frecuente, cuando no se conserva esta objetividad. La política de ocupación debe tener como objetivos el mejoramiento del nivel de vida de los sectores populares y la consecución de una mejor distribución del ingreso, para que el crecimiento de la ocupación sea permanente. Para alcanzar estos objetivos, es necesario que no se reproduzca, en escala mayor, el modelo de economía existente, con todos sus defectos y limitaciones, sino que se le introduzcan reformas cualitativas que fortalezcan las instituciones, y en última instancia el sistema mismo.

Un modelo de desarrollo basado en una política de empleo y de producción no puede tener éxito si descansa en estímulos a la inversión privada, ya que ésta no funciona como la economía lo requiere porque sus decisiones se basan en juicios subjetivos fuertemente influidos por la situación económica presente y en proyecciones no siempre certeras, pero de todos modos llenas de cautela, lo que hace que se rezaguen respecto de las demandas de la sociedad.

El Gobierno tiene la responsabilidad de mantener el crecimiento y, sobre todo, de iniciarlo; para ello, dentro de una economía capitalista, no dispone sino de tres caminos básicos: 1) los gastos deficitarios; 2) los estímulos a la inversión privada, y 3) la redistribución del ingreso.

El gasto deficitario del Estado no puede ser ilimitado. Tiene dos fronteras: una es la posibilidad de aumentar de inmediato la oferta de bienes de consumo popular; esto determinará la estructura del gasto. La otra la dará la diferencia entre el excedente económico privado y la inversión privada.

Dentro de estos límites, de capacidad productiva no utilizada y de oferta abundante de mano de obra y materias primas, debe fijarse el monto del déficit, y la política fiscal y

9. M. Kalecki, "Political Aspects of full Employment", en *Political Quarterly*, noviembre de 1943.

la crediticia deben orientarse hacia la consecución de este fin.

La mecánica es bien simple: se pagan las deudas a los inversionistas o a los proveedores con valores o con obligaciones del Estado, descontables en la banca privada y redescontables a plazo fijo en la banca central. El particular que recibe el documento del Gobierno lo depositará en algún banco y, del monto de sus pagos, una parte regresa al sistema bancario y crea depósitos adicionales por el monto del multiplicador de los depósitos. Si el banco central opera como tal, lo cual no siempre es seguro, por medio del encaje retira del sistema bancario fondos de la magnitud necesaria para financiar el documento del Gobierno, que podría canjearse por valores públicos con un interés igual a la tasa de redescuento.

Hecha esta operación contable, hay que aclarar varios puntos: el gasto deficitario es, a la corta, expansionista, y presiona temporalmente los precios al alza, toda vez que el aumento de precios depende de la diferencia en tiempo entre el efecto monetario del gasto y su efecto en la producción; dicho gasto tiene un multiplicador temporal, y no indefinido y permanente, como las inversiones no productivas del Gobierno o del sector privado. La deuda es en moneda nacional y al costo que el Gobierno fije. No es ni más ni menos inflacionario que el gasto en el interior de fondos externos. Para combatir efectivamente la inflación es necesario pedir que el Estado gaste mejor en términos de empleo, de oferta y de balanza de pagos, y no solamente que gaste menos. Esto no es suficiente y, además, conduce al estancamiento y a la parálisis de la economía, lo que constituye una forma suicida de resolver los problemas de estabilidad y de crecimiento. Aunque, a veces, parece que los monetaristas prefieren matar al enfermo antes que curarlo.

Ante un aumento del gasto público, la reacción de los empresarios es una "pérdida de confianza", y ésta se traduce en una disminución de la inversión privada; parece que los objetivos sociales que se quieren alcanzar con el desarrollo resultan incompatibles con la tranquilidad psicológica de los empresarios. En realidad, es una reacción lógica, ya que una política popular los conduce a una situación de inferioridad dentro de la lucha de clases, y su instinto les indica que defiendan "principios políticos" para no perder su hegemonía económica.

Nunca se objeta el gasto privado financiado con crédito; aún más, es una señal de solvencia económica. En cambio, cuando el Estado hace uso del crédito, se lo califica de irresponsable. De nuevo, parece ser que las virtudes privadas se convierten fácilmente en vicios públicos.

El segundo camino para aumentar la ocupación y el ingreso consistirá en estimular la utilidades, no con subsidios directos, que en el contexto político actual quedan eliminados, sino con estímulos indirectos, que son: a) la tasa de interés, y b) subsidios a los impuestos. La tasa de interés reducida puede o no tener un efecto fiscal, pero los subsidios a los impuestos reducen las recaudaciones y elevan el déficit presupuestal. Este tipo de déficit no suscita objeciones del sector privado; no así los subsidios al consumo de los trabajadores, que serían el equivalente, porque la moral del

sistema exige que cada quien se gane el pan con el sudor de su frente, a menos que sea capitalista.¹⁰

La eficacia de los estímulos a la inversión privada es limitada, porque sólo son idóneos en épocas de expansión, que es cuando no se les necesita; cuando hay contracción económica, ni las exenciones fiscales ni las tasas diferenciales de interés compensan la disminución de la demanda efectiva. Quizá su uso más racional y justificado se haga con el fin de cambiar la estructura de la inversión privada y de conseguir cierta localización geográfica.

Si se las usa para salir de la depresión, se tendría que llegar a una tasa negativa de interés y a sustituir las exenciones fiscales por subsidios directos a las utilidades. Los "trucos" financieros tienen poca influencia en la tasa de inversión privada; es por eso que, en la contracción, hasta los economistas monetarios, y desde luego los empresarios, piden cierto volumen de inversión pública, aun cuando sea deficitaria.

En la medida en que se usa la redistribución del ingreso para impulsar la economía, sin tomar en cuenta la elasticidad de la oferta de bienes-salario, se generan presiones inflacionarias que rápidamente se traducen en una disminución de los salarios reales. En realidad, la redistribución del ingreso a través de los salarios beneficia al sector obrero sindicalizado y agrava la situación de los trabajadores marginados y de los campesinos. Esta es una medida que debe usarse para consolidar la política de ocupación, pero no para iniciar el proceso de expansión, por causa de las rigideces de la producción interna y del peligro de que, eventualmente, la demanda excedente tenga que satisfacerse con importaciones.

Es natural que la aceptación de un modelo de crecimiento explícitamente dinámico encuentre una fuerte oposición, porque la inercia de las ideas y los intereses prevalecientes es muy fuerte. Sin embargo, sería posible que, tomando en cuenta el efecto de cada tipo de gasto en el ingreso real de los individuos, se establecieran las prioridades de la inversión, su monto y su estructura. Se puede definir la política en relación con los salarios y con las utilidades, y con los efectos del gasto en los precios internos y en el equilibrio de la balanza de pagos. En este punto, se estará en posibilidad de establecer las tasas de crecimiento de la ocupación y del ingreso que resultan compatibles con el equilibrio, en función de la oferta de factores productivos.

No es fácil que se acepte que debemos ensayar otros caminos, porque los conocidos no tienen salida. Es más, parece ser la única actitud sensata en la defensa de nuestro marco institucional frente al peligro del fascismo. Al no exponer las instituciones al efecto de una pérdida de confianza de las mayorías, hacemos su mejor defensa y preservamos lo esencial de las formas democráticas de vida. En la nueva economía, el economista dejará de ser el profeta del desastre. Y en cuanto sus esquemas teóricos se vean confirmados por la realidad y por la experiencia, el hombre común y corriente, que no es tan mal juez como se cree, dará a la economía el grado de aceptación y de respeto que concede a otras disciplinas y que hoy, con mucha razón, le niega en una forma obstinada, pero real. □

10. *Ibid.*